



## LA VICTORIA DE PAVÍA.

AL SEÑOR D. MARIANO ROCA DE TOGÓRES.

### ROMANCE I.

PESCARA Y LOS ESPAÑOLES.

De la sitiada Pavía,  
desde las gigantes torres  
que el bravo Antonio de Leiva  
guarda con sus españoles;

Entre nubes de humo y polvo,  
do arcabuzes y cañones  
de rayos llenan el aire,  
de truenos el horizonte ;

Se ve la horrenda batalla  
en que disputan feroces  
Francisco y Cárlos el cetro  
de Italia y de todo el orbe.

Dos veces mas numerosos  
los franceses escuadrones  
son , que los que allí combaten  
de Cárlos quinto en el nombre.

Y aquellos á su cabeza ,  
con lo que valen al doble ,  
tienen á su rei Francisco,  
monarca de escelsos dotes.

Pues en valor y destreza ,  
y en caballeroso porte ,  
quien le esceda y sobrepuje  
el mundo no reconoce.

Al ejército del César ,  
si la ventaja nególe  
el cielo de ver al frente  
á su soberano entónces ,

Le dió la de que lo rija  
el aventajado y noble  
marques de Pescara invicto,  
guerrero de alto renombre.

Y si es en número escaso  
y viene de galas pobre ,  
tambien con la fama cuenta  
de los tercios españoles.

La francesa artilleria ,  
cuyo número era enorme ,  
deshace apretadas filas,  
espesas hileras rompe ,

Y cual tempestad horrenda  
llena de pavor el orbe ,  
borrando el son de las trompas  
y de los cabos las voces.

Mas las imperiales huestes  
desprecian el fuego, y corren  
á que decida el combate  
de la dura lanza el bote.

Y de Nápoles embiste  
el visorei á galope ,  
de hombres de armas y lijeros  
con los bravos escuadrones.

El rei de Francia los suyos  
numerosísimos pone ,  
mas cual visoño caudillo ,  
para la batalla en órden.

¡ Cuán gallardo y rozagante,  
y agosto, lozano y jóven  
oprime un tordo rodado  
que á tal dueño corresponde !

De morado terciopelo  
y brocado de oro, sobre  
el arnes fúlgido, lleva  
veste de ricas labores.

Efes de oro son y lises  
que deslumbran como soles,  
y de oro y morada seda  
lazos, borlas y cordones.

En el alto capacete,  
del viento halago y azote,  
amarillos y morados  
vuelan flexibles airones.

Y en medio de ellos descuella  
una flecha de oro, donde  
primoroso pendoncillo  
un claro emblema propone.

Bordada una salamandra  
que en vivo fuego se esconde,  
es el cuerpo de la empresa  
y *mòdo et non plus* el mote.

El almirante de Francia,  
personaje de alto nombre;  
el gran príncipe de Escocia,  
gallardo y hermoso jóven;

El príncipe de Navarra;  
de San Pol el bravo conde;  
el mariscal Montmorency,  
y otros insignes señores

Le acompañan y le sirven,  
con él las filas recorren,  
y con él al campo abierto  
salen á esperar el choque.

Terrible fué; parecia  
que se encontraban los montes,  
que se desplomaba el cielo  
y que caducaba el orbe.

Mas ai! las fuerzas de Francia  
eran de número doble,  
y el valor no hace imposibles  
aunque el valor los arrostre.

Si bien del virei la lanza  
dió al Almirante fin noble;  
si bien insignes franceses  
cayeron de los arzones;

Si bien resisten constantes  
como murallas de bronce,  
los imperiales jinetes,  
al cabo, al cabo eran hombres.

Muere del rei en la lanza  
el desventurado jóven  
á quien Cívita-Santángel  
por su marques reconoce.

El mismo Alarcon á tierra  
vino de una maza al golpe ,  
como cae gigante pino ,  
cual se desploma una torre ;

Y á pié combate y resiste  
dando tajos y mandobles ,  
y á su vigor y destreza  
debió no morir entónces.

El del Vasto en gran peligro  
se ve entre diez borgoñones ,  
y tiene que abrirse paso  
con la punta del estoque.

Todo es muerte y esterminio ;  
cuatro jinetes se oponen  
á cada jinete nuestro ,  
sin que la lid abandone.

Y ya no queda esperanza  
de que á la victoria logren  
seducir tan alto esfuerzo ,  
y tantas hazañas nobles ;

Cuando el capitan Quesada  
en el combate lanzóse ,  
seguido de cien certeros  
arcabuzes españoles.

Y con tanto tino asesta  
sus rayos atronadores ,  
que á los contrarios asombra  
y en retirada los pone.

En tanto por otra parte ,  
otros frescos escuadrones  
de bien montados franceses ,  
*Francia* apellidando á voces ,

Arrollando cuanto encuentran ,  
con la lanza en ristre corren ,  
y á los tercios de la Italia  
vencen , deshacen y rompen.

Los esguizaros que siguen  
de la Francia los pendones ,  
á reforzar el combate  
presurosos se disponen.

Y hasta el mismo rei Francisco  
con nuevo escuadron á trote ,  
va á asegurar la victoria  
que ya suya reconoce.

El gran marques de Pescara  
que lo advierte , decidióse .  
confiado en su fortuna ,  
á aventurar todo entónces.

Y con risueño semblante  
á los tercios españoles  
torna, y animoso dice:

— « Ah de mis fuertes leones,

« Vuestro debe ser el día;  
allí donde mas feroces  
los enemigos se agolpan,  
allí hai laureles mayores.

« Venid conmigo á cogerlos,  
vuestras frentes solas logren  
coronarse con sus ramas  
entre tan varias naciones. »

Vivas que asordan el aire,  
y seis mil bravos acordes  
lanzan sonoro grito  
de ansia de gloria y renombre,

Fué la respuesta. Y al punto  
con celeridad movióse  
de picas y de arcabuzes  
un espesísimo bosque.

Al momento la fortuna,  
tan indecisa hasta entónces,  
en las imperiales huestes  
los mudables ojos pone.

Y del pendon de Castilla  
los gloriosos resplandores  
encantaron sus miradas  
y en su favor declaróse.

Los arcabuzes de España  
no hai fila que no destrozen,  
no hai caballo que no ahuyenten,  
no hai guerrero que no postren.

Y las picas españolas  
no hai escuadra que no arrollen,  
embate que no resistan  
ni denuedo que no asombren.

Huyen de su ardiente brio,  
de sus balas y sus botes,  
los franceses hombres de armas,  
y los lijeros peones.

Y los esguízaros huyen  
en confusion y desórden,  
y huyen los nobles jinetes  
y huye el rei mismo á galope,

Y de un ejército inmenso  
que ya vencedor juzgóse,  
triunfa el marques de Pescara  
con sus seis mil españoles.

Este valiente caudillo,  
cuyo esfuerzo no conoce  
rival en el ancho mundo,  
más alta empresa dispone :

Y ordenando que el alcance  
prosigan los vencedores,  
y que los tudescos vengan  
á sostenerlos velozes ;

Junta á varios caballeros  
y de armas á algunos hombres,  
que escaramuzando andaban  
sin jefes y sin pendones ;

Y poniéndose á su frente,  
y requiriendo el estoque,  
en un escuadron lejano  
que el rei Francisco recoge,

Para tornar donde pueda  
dejar bien puesto su nombre,  
al grito de *cierra España*  
con nueva furia lanzóse.

En tanto Antonio de Leiva  
que la ventaja conoce  
de las fuerzas imperiales,  
cual rauda torrente rompe

Por las puertas de Pavía,  
y cayendo osado sobre  
la retaguardia francesa,  
en grande aprieto la pone.

Ya es de Cárlos la victoria.  
Ya los tercios españoles,  
como el huracan que arrasa  
los enmarañados bosques,

Abriéndose en un momento  
ancha calle á sus furores,  
no ven ya en su paso estorbo,  
no encuentran quien los afronte.

Pero en medio de su triunfo  
con pasmo y con dolor oyen,  
de que su Pescara es muerto  
corren las siniestras voces.

Es cierto que no parece  
desde que con pocos hombres  
de armas le vieron lanzarse  
con tanto denuedo, donde

Aun trabada la pelea,  
reina confuso desórden.  
Vengarle, pues, juran todos,  
y allá revuelven ferozes.

Cuando entre el polvo y el humo  
ven aparecer á trote,  
al victorioso caudillo  
de sus esperanzas norte.

Mas, oh Dios, en cuál estado!  
herido su rostro noble,  
pasado el brazo siniestro  
de una lanza al duro bote;

El coselete partido  
y atravesado del golpe  
de una bala que parece  
que fin á sus glorias pone.

Y el tordillo moribundo,  
herido en cuello y quijotes,  
un raudal de negra sangre  
derramando á borbotones.

Las españolas escuadras  
quedan al mirarlo inmóviles,  
y el placer de la victoria  
en llanto y dolor tornóse.

Al cabo llega Pescara  
sin que la muerte le asombre,  
y dice con voz tranquila  
partiendo los corazones:

«¿Por qué os detenéis, amigos?  
Valerosos españoles,  
pues ya es vuestra la victoria,  
nada mi falta os importe.»

Desplómase el tordo en tierra;  
dos capitanes recogen  
al general en los brazos,  
y Vega, su gentil-hombre,

Del sangriento coselete  
le desencaja los broches,  
y ve.....; oh placer! que la bala,  
causa de tantos temores,

Aplastada contra el pecho,  
leve contusion esconde:  
del coselete, sin duda,  
en los adornos de bronce

Perdió su temible fuerza;  
ó por dicha disparóse  
desde tan léjos, que trajo  
escasa violencia el golpe.

Reanímense los soldados,  
por milagro reconocen  
dicha tan grande, y en *vivas*  
prorumpen y alegres voces.

Y repuesto el mismo herido,  
que trasgado juzgóse,  
de la contusion del pecho  
por los agudos dolores:

«Bendito sea Dios,» esclama:  
ármase de nuevo, y sobre  
otro corcel restablece  
en las escuadras el orden.»

Y en las márgenes floridas  
del manso Tesin, por donde  
se retiran derrotados  
de Francia los escuadrones,

Sembrando esterminio y muerte  
aparecieron velozes,  
el gran marques de Pescara  
y los tercios españoles.



## ROMANCE II.

## EL ESTANDARTE ANTE TODO.

Del Tesin en las orillas  
quiere hacer su último esfuerzo,  
vencido y avergonzado  
el rei Francisco primero.

Sus numerosas escuadras  
dispersas ve y sin aliento,  
y fuerzas aun poderosas  
en confuso desconcierto.

Con el estoque en la mano  
de cálida sangre lleno,  
pues soldado fué valiente  
si no fué caudillo esperto;

Deslucidas ya sus galas,  
deslustrados sus arreos,  
y abollados de los golpes  
el capacete y el peto;

En su corcel, que de espuma,  
de sangre y sudor cubierto,  
cruza fatigado el campo  
obediente á espuela y freno;

Solo y sin séquito corre  
llamando á sus caballeros,  
denosta sus fugitivos,  
recoge algunos dispersos,

Y revuelve valeroso  
á escaramuzar lijero,  
pensando que aun algo puede  
con su valor y su ejemplo.

Todo en vano; la fortuna  
la espalda y rostro le ha vuelto,  
y hasta las hezes el cáliz  
beberá del vencimiento.

De Alarcon los hombres de armas  
vestidos de tosco hierro,  
los del virei denodados  
y los de Borbon soberbio,

Y entre el tropel de jinetes  
mezclados arcabuzeros  
españoles, cuyas balas  
tienen prodigioso acierto,



Del rei de Francia infelice  
invalidan los esfuerzos,  
y hacen sordos á sus voces  
á los franceses guerreros.

El despedido monarca  
del desapiadado cielo  
tenaz resistencia opone  
al inmutable decreto.

Y retirarse ordenados  
á sus esguízaros viendo,  
del Tesin á un ancho vado,  
donde su fin va á ser cierto,

Vuela á ponerse á su frente  
para advertirles el riesgo  
que van á hallar en las aguas  
por no arrostrar el del fuego,

Y los conjura y exhorta  
á que con él revolviendo,  
noble resistencia opongan  
al vencedor altanero;

Y que cual valientes busquen  
con él de salud un puerto,  
no del Tesin en las ondas;  
mas de la lid en el hierro;

Que allí segura es la muerte,  
y aquí bien puede no serlo;  
que aquí aun les espera gloria,  
y allí solo vilipendio.

Mucho alcanza, pues consigue  
formarlos y contenerlos,  
y ya de esperanza nueva  
ve casi el rostro risueño,

Cuando aterrador fantasma  
se ve venir á lo léjos,  
los pendones invencibles,  
de los españoles tercios.

Y olvidando que á su frente  
tienen hombre tan escelso,  
y del engañoso rio  
olvidando el grave riesgo,

Los esguízaros soldados,  
de pánico asombro llenos,  
huyen, al rei abandonan,  
y al vado parten derechos.

El frances monarca entónces  
las lágrimas del despecho  
quemando su rostro augusto,  
quiere morir como bueno,

Y vuelve hácia el puente, donde  
aun resisten con empeño  
algunos fieles magnates,  
algunos nobles guerreros.

Mas ai ! la suerte tremenda  
llegar le impide á aquel puesto ,  
donde libertad y gloria  
iba á conseguir al ménos ;

Pues que silbadora bala  
de ignoto arcabuz partiendo ,  
de su corcel fatigado  
rompe y atraviesa el pecho.

Vacila el bruto , retiembla ,  
de sangre espumosa el suelo  
en raudos torrentes inunda ,  
quédase clavado y yerto.

De nieve son sus orejas ,  
de sus ojos muere el fuego ,  
y en grave estruendoso golpe  
desplómase con su dueño.

¡ Oh dolor , yace en el fango  
el trono de Francia escelso ,  
el poderoso monarca  
que juzgaba el orbe estrecho !

De inconstancias de fortuna ,  
grande y doloroso ejemplo ,  
y de la humana soberbia  
aterrador escarmiento.

Nada hai firme en este mundo :  
valor , gloria , nombre , imperio ,  
cuando una espada se empuña ,  
todo queda en duda puesto.

El hidalgo vizcaíno  
Juan de Urbietta , que cubierto  
de tosco arnes , en un potro  
escaramuzaba suelto ,

Pasa y ve bajo el caballo  
tan lucido caballero ,  
que por levantarse pugna  
con inútiles esfuerzos.

No sospechando quién era ,  
le pone el lanzon al pecho ,  
y , « Ríndete al punto , grita ,  
ó quedarás aquí muerto. »

Respóndele el derribado :  
« Soi el rei de Francia , quedo  
á tu emperador rendido ,  
y héme ya tu prisionero. »

Retira Urbietta la lanza  
con el debido respeto ,  
y con tan rara fortuna  
pasmado queda y suspenso.

Animado el rei prosigue :  
« Que al punto bajas te ruego ,  
que este maldito caballo  
me revienta con su peso. »

Iba el noble vizcaíno  
á darle socorro presto ,  
y ya para echarse á tierra  
soltó el estribo derecho ,

Cuando del puente á la boca  
ve de franceses en medio  
su estandarte, y que el alférez  
solo lo está defendiendo.


Y el honor de su estandarte  
y la fe del juramento,  
más que ansia de vana gloria  
en su alma ilustre pudieron.

« Ya señor (al rei le dice)  
socorro daros no puedo ,  
que es mi estandarte ante todo ,  
y está mi estandarte en riesgo.

« Confesád que os he rendido ,  
y pues que prenda no llevo ,  
porque podáis conocerme ,  
si á vuestra presencia vuelvo ,

« Mirádme , que soi mellado ; »  
y alzando del tosco yelmo  
la visera, en un instante  
le mostró dos dientes ménos.

Y revolviendo el caballo ,  
al puente voló lijero ,  
con el lanzon en el ristre  
de honra y de lealtad modelo.



### ROMANCE III.

EN REI PRISIONERO.

Miéntras el bizarro Urbietta  
va á libertar su estandarte,  
dejando la alta fortuna  
que le plugo al cielo darle ;

Al rei Francisco impedido  
de moverse y levantarse ,  
porque le sujeta en tierra  
de su caballo el cadáver ,

Diego Ávila, el granadino ,  
tambien hombre de armas, vase,  
y que se rinda le grita  
decidido y arrogante.

Respóndele el rei : « Rendido  
á otro español estói ántes ,  
y que soi el rei de Francia  
para tu gobierno sabe. »

Sorprendido el granadino  
de aventura tan notable,  
« A ese español (le pregunta)  
habéis dado prenda ó gaje? » —

« Le di solo mi palabra,  
que mi palabra es bastante  
(contesta el rei), mas si quieres,  
toma mi espada y mi guante ,

« Y sácame del caballo  
y ayúdame á levantarme ,  
que la visera me ahoga  
y esta pierna se me parte. »

Ávila toma las prendas  
destilando fresca sangre,  
echa pié á tierra, y ayuda  
al rei con trabajo grande,

Y levántalo, y el yelmo  
le desencaja al instante,  
para que le dé en el rostro,  
que lo ha menester, el aire.

Hita, soldado gallego,  
tosco, y de toscos modales,  
con su sangrienta alabarda  
y desarrapado traje,

Llega, y con poco respeto,  
ya resuelto á despojarle,  
de la insignia se apodera  
del mas elevado arcángel.

De San Miguel el collar  
échase al cuello el salvaje,  
con su tosquedad y harapos  
haciendo estraño contraste.

El rei le dijo: « Valiente,  
por él te doi de rescate  
seis mil ducados de oro,  
y mas, si en mas lo estimares. » —

Y contestóle el gallego:  
« Guardaréle, que colgarle  
de mi emperador al cuello  
podré yo temprano ó tarde. »

En esto llegaban otros  
soldados sin capitanes,  
con la victoria embriagados,  
cebados con el pillaje,

Y en su sagrada persona  
ponen sus manos rapazes;  
la veste del rei desgarran,  
sus preseas se reparten,

Y le arrebatan del yelmo  
la bandereta y plumajes,  
que la codicia villana  
no guarda respeto á nadie.

Ávila, Hita y Urbietta,  
(que ya en salvo su estandarte  
dejó) con vanos esfuerzos  
por defenderle combaten.

Cuando llegaron á punto  
varios nobles personajes,  
que á tan feroz soldadesca  
obligan á reportarse,

Enseñándoles valientes  
á que respeten y acaten  
á la majestad augusta,  
que aunque vencida es mui grande.

De estar el rei prisionero  
cunde la nueva al instante  
por el uno y otro campo  
con efectos desiguales.

Los franceses caballeros  
de mas valor y linaje,  
tornan á correr la suerte  
que á su rei Dios quiso darle.

Y los jefes y caudillos  
de las tropas imperiales,  
vuelan á que cese al punto  
la mortandad y la sangre.

El de Pescara glorioso  
corre lijero á la parte  
en que al rei Francisco juzga  
espuesto á villano ultraje.

Llega, del caballo salta,  
y con respeto admirable,  
hincadas ambas rodillas  
la mano quiere besarle.

No lo consiente el monarca,  
que tiene un consuelo grande  
en verse ya protegido  
por hombre que tanto vale.

Y obligándole risueño  
de la tierra á levantarse,  
«Noble marques de Pescara,  
pues que la fortuna os cabe,

«(Le dice) de tal victoria,  
os pido no se derrame  
de mis vencidos vasallos  
la desventurada sangre.

«Y espero que en vos encuentren  
protector, amparo y padre,  
los franceses que se miren  
como yo en tan duro trance.»

De lágrimas arrasados  
 los ojos al escucharle  
 Pescara: « Señor, le dice,  
 vuestra súplica es en balde ;

« Pues la nacion española,  
 que logra triunfo tan grande,  
 en la victoria es tan noble  
 como brava en el combate. »

Tambien el del Vasto llega  
 y el rei le recibe afable,  
 y con dignidad le elogia  
 por su apostura y su talle.

Y el consuelo se divisa  
 en su abatido semblante,  
 de verse entre caballeros  
 que tratar con reyes saben.

Mas, imprevisto incidente  
 vino de nuevo á alterarle,  
 y á hacer mas terrible y duro  
 su destino deplorable.

De Borbon el duque altivo,  
 ¡desacato repugnante!  
 á su rei vencido quiere  
 sin reparo presentarse.

Y cómo? Manchado todo  
 con propia francesa sangre,  
 de un valor mal empleado  
 haciendo insolente alarde.

No le conoce Francisco,  
 pero de pronto, al mirarle,  
 dió, por un secreto impulso,  
 de gran enojo señales.

Y quién era preguntando,  
 como el marques contestase:  
 « Señor, de Borbon el duque, »  
 puso un ceño formidable.

Y volviendo las espaldas  
 con dignidad, ocultarse  
 quiso entre aquellos guerreros  
 porque el duque no llegase.

Notólo Pescara al punto,  
 y como discreto parte  
 á evitar inconvenientes  
 y á allanar dificultades.

Ruega de Borbon al duque  
 que el sangriento estoque envaine,  
 que quite la sobreveste  
 y que se limpie la sangre.

Y con él á pié se acerca,  
donde el rei inexorable  
no digna volver el rostro  
que en ira y en furor arde.

La mano el duque le toma  
de rodillas; arrogante  
la retira el rei. El duque  
tiene la audazia de hablarle,

Y el monarca levantando  
los ojos como volcanes  
al cielo, en voz alta dice:

«Santo Dios, paciencia dadme!»

Oyendo lo cual Pescara,  
hace que de allí se aparte  
el de Borbon, y de él libre,  
tornó el rei á sosegar.



## ROMANCE IV.

UN ANDALUZ.

Reunidos los generales  
de las naciones distintas  
que el ejército del César  
ya vencedor componian,

Acatan al rei cautivo,  
y le consuelan y animan,  
conducirlo disponiendo  
á los muros de Pavía.

Danle un corcel generoso,  
con honrosa comitiva  
de franceses personajes  
que rendidos le seguian.

Y ántes confesando todos  
con admirable justicia,  
que victoria tan insigne,  
triunfo tan grande y tal dicha,

Se debe tan solamente  
á la española milicia,  
disponen que España sola  
tenga la prerogativa

De guardar un prisionero  
de tan importante estima,  
y que Alarçon el famoso  
de alcaide y guarda le sirva.

En medio, pues, de los tercios  
españoles y á su vista,  
desplegadas las banderas  
de gloria y laureles ricas;

De Alarcon á la derecha  
el rei de Francia camina,  
esforzándose orgulloso  
en dar á su faz sonrisa.

Los escuadrones tudescos,  
que una ladera contigua  
de aquel camino ocupaban,  
al pasar la infantería

Española, entusiasmados  
le hacen salva, y alta grita  
levantan hasta las nubes  
repitiendo: *España viva.*

Al rei suspende tal muestra  
dada por las tropas mismas  
del ejército triunfante,  
y es novedad que le admira,

Reconociendo cuán alta  
la española gloria brilla,  
pues competencias no admite  
y da admiracion, no envidia.

Afable el rei conversando  
con las personas distintas  
que le cercan, caminaba  
gallardo sobre la silla.

Y al encontrar de franceses  
prisioneros las cuadrillas,  
los consuela con su ejemplo  
y con su voz los anima.

Y á los cabos españoles,  
que en respeto y cortesía  
ni un solo punto desdican  
de lo que á nobles obliga,

Los recomienda con tanto  
estremo, afan y caricias,  
que se arrasaban los ojos  
de cuantos allí venian.

En los altos de la marcha  
embarazosa y prolija,  
varios soldados de cuenta  
á ver al rei acudian.

Y el rei demostraba atento  
con delicadeza fina,  
gusto en que le presentasen  
los de garbo y nombradía.

Llegó entre tantos acaso  
Roldan, hijo de Sevilla,  
llamado *el arcabuzero*,  
mote puesto con justicia;

Pues lo era tan estremado,  
que nunca erró puntería,  
clavando siempre las balas  
donde clavaba la vista.



Este tal, galan y apuesto,  
de cara mui espresiva,  
de talle en extremo airoso,  
de aguda fisonomía;

Con aire maton y jaque,  
calzas de majo y ropilla,  
con un inmenso chapeo  
de alas luengas y tendidas;

Con su cuera y sus mangotes,  
y sus frascos en la cinta,  
de recamos adornada  
y de escarcela provista,

Se acerca al rei, y apoyado  
del arcabuz en la horquilla,  
y zarandeando el cuerpo  
cual hombre que nada admira,

« Señor (con ceceo dice,  
y lengua aunque gorda viva),  
cuando mi sargento anoche  
me dijo que combatia

«Vuestra alteza en este empeño,  
preparé varias cosillas;  
los trastos que en tales lances  
cualquier hombre necesita.

« Fundí, señor, doce balas,  
que al cabo son la comida  
de esta serpiente (mostróle  
el arcabuz con sonrisa,

« Prosiguiendo : ); fundí, digo,  
doce balas, las precisas.  
Seis de plomo, destinadas  
á canalla gabachina;

« Y las seis, mui á mi gusto  
cumplieron ; ¡ Dios las bendiga !  
Fundí otras cinco de plata  
para gente de alta guisa;

« Y en cinco ilustres monsiures  
se hallarán, no están perdidas,  
que vive Dios tal acierto  
no lo he tenido en mi vida.

« Y una fundí, finalmente,  
de oro mui puro y sin liga,  
aquí está, señor, mirádlá. »  
Espuso á la régia vista

Una gruesa bala de oro  
que en la escarcela traía,  
continuando, sin turbarse,  
con gracejo y con malicia :

« Gran señor, fundí esta bala  
para daros muerte digna,  
si en el combate de veros  
se me lograba la dicha.

« Y ya que vuestra fortuna  
no os puso en mi puntería,  
vuestra debe ser la prenda  
que siempre vuestra á ser iba.

« Tomádlá , señor , tomádlá ,  
 pesa dos onzas cumplidas ,  
 y puedé que para ayuda  
 de vuestro rescate sirva. »

Al rei Francisco tal gracia  
 hizo aquella retahila  
 del andaluz , y el despejo  
 con que acertara á decirla ,

Que afable tomó la bala  
 diciendo : « Amigo , la estima  
 mi aprecio en mucho , y confío  
 que os lo mostraré algun dia. »

Roldan le hizo reverencia  
 y vuelve á entrar en su fila  
 tan contento de sí mismo ,  
 que ni á Cárlos quinto envidia.



## ROMANCE V.

## CONCLUSION.

Dueño absoluto de Italia  
 fué el insigne Emperador ,  
 con esta escelsa victoria  
 del alto esfuerzo español.

Y cautivo el rei de Francia  
 vino á Madrid y habitó  
 la torre de los Lujanes ,  
 con Hernando de Alarcon.

En la plaza de la Villa  
 aun dora esta torre el sol ,  
 coronada de recuerdos  
 que el tiempo no borra , no.

De ella al cabo el rei Francisco  
 rescatándose , tornó  
 á ocupar el rico trono  
 de la francesa nacion.

Pero su rendida espada ,  
 prenda de insigne valor ,  
 testigo eterno de un triunfo  
 que el orbe todo admiró ;

En nuestra régia armería  
 trescientos años brilló ,  
 de los franceses desdoro ,  
 de nuestras glorias blason ,

Hasta que amistad aleve  
 que ocultaba engaño atroz ,  
 con halagos y promesas  
 que ensalzó la adulacion ,

Tal prenda de un triunfo nuestro  
 para Francia recobró ,  
 como si así de la historia  
 se borrarse su baldon.

Harto indignado, aunque jóven,  
esta espada escolté yo,  
cuando á Murat la entregaron  
en infame procesion.

Pero si llevó la espada,  
la gloria eterna quedó,  
más durable que en acero  
de la alta fama en la voz.

Y en vez de tal prenda, España  
supo añadir, vive Dios,  
al gran nombre de Pavía  
el de Bailen que es mayor.



UN CASTELLANO LEAL.

ROMANCE I.

«Ola, hidalgos y escuderos  
de mi alcurnia y mi blason,  
mirád como bien nacidos  
de mi sangre y casa en pro.

*El conde de Borbon nunca fue a España*